

ZEN PARA PEATONES

© DAVID BUSTOS MUÑOZ

Inscripción N° 143.048

ISBN: 956-8118-10-1

Composición: Ediciones del Temple.

Diseño de portada: Joaquín Cociña.

Imagen de portada: Andrés Anwandter.

Fotografía de solapa: Loreto Pizarro.

Gestión editorial: Alicia Simmross.

En la confección de este libro se ha utilizado papel de portada couché de 220 gramos, termolaminado opaco; papel de interior couché novatec silk de 100 gramos. Se ha utilizado tipografía Garamond.

Esta primera edición de trescientos ejemplares se terminó de imprimir en los talleres digitales de RIL Ediciones S.A. en octubre de 2004.

Derechos exclusivos reservados para todos los países.

Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico de acuerdo a las leyes N° 17.336 y 18.443 de 1985 (Propiedad Intelectual).

editores@edicionesdeltemple.cl

www.edicionesdeltemple.cl

Impreso en Chile

DAVID BUSTOS

ZEN PARA PEATONES



A Loreto Pizarro

Entras en mí
como un garfio entra en un ojo.

M. A.

EXCAVACIÓN PROFUNDA

SI LA LENGUA ES BELLA ES PORQUE UN MAESTRO LA LAVA

Entramos en puntas de pie a la humedad de la rosa.

Lo que desconocemos es que la rosa sea rosa.

La rosa que se dobla con cada lamido.

La rosa que se ensucia y enjuaga por dentro.

La conjugación de los jugos, el verbo amargo y desnudo
que copula y unta.

Entramos en puntas de pie al poema, como pidiendo permiso
como si se tratara de un sitio sagrado, un monasterio,
un templo, qué sé yo.

Encendemos la mecha del cirio y hablamos
en voz más bien baja
para que nadie nos escuche
batiendo y clavando la lengua de ésa
o esta manera.

UNO SE HACE INMUNE A LOS LADRILLOS DE LOS SENTIMIENTOS

Por eso los caballos pastan en la lejana infancia
para nutrir sus estómagos con la hierba del artificio:
La superstición de la coherencia y su mala caligrafía:
La alcantarilla y los atrofiados pulmones. El aire.

Pero uno se hace inmune a los ladrillos de los sentimientos.
Los medidores de luz en la exactitud de la cifra:
el consumo de píldoras para el amor
el corte en trámite, el aumento de sitios para solitarios
en proporción inversa al lenguaje con que sabemos.

—El sexo iluminador de los amantes
y su evidente estado de cuenta—

Es así como caen los dígitos de la emoción
cuentas que se acumulan como todo
y todo
es una maravillosa estafa.

ESTADO DE CUENTA

Vendimos el alma y un par de cachivaches más
al sistema financiero que según la tasa de interés
deberíamos inseminar en nombre de la comarca
dios y la universidad privada.

Recuerdo las motocicletas cromadas
que llegaron a la aldea pre-garrotazo
podíamos ver nuestro rostro ovalado en su reflejo.
Saltábamos de los árboles y nos íbamos por las ramas
con el pelo chuzo y los mocos colgando
mezcla de guitarras eléctricas
y roncós tubos de escape perforados.
Sin entender mucho qué pasaba, pero igual sacando el rollo.

Nadie supo siquiera cuando le choreamos la estrella al Che
deseábamos fundar nuestra propia carretera
donde todos tuvieran la preferencia
algo así como una casa larga con patio frente al mar
con parejas haciendo el amor al borde del camino
y un libro de Rodolfo Hinostroza en la mochila
una bitácora envuelta en una bolsa de nylon
bastaría -y esta vez sí que bastaría-
para que revisitáramos todas esas postales

que manchadas de vino colgamos con esmero
en la juntura agrietada de los muebles de la casa.

Sin embargo no nos dio para tanto
la alcancía del chanchito de Pomaire
fue brutalmente saqueada por manos castrenses
que extremaron nuestro afán militante de estar arriba
de la pelota.

La brisa tributaria conmovió el peso muerto de nuestros
cuerpos
rematándolo a precio de huevo por el débito
de un sinnúmero de cuotas impagas que poco a poco
se apoderaron de la callosidad del espíritu.

Así fuimos concesionando los sueños
así los peajes nos fueron cercando
tramo por tramo hasta perderlo todo.
Ahora excedo las 12 horas diarias en la práctica
y memoria del lavado incesante de tazas que se apilan
detrás del muestrario de un permanente café con piernas.

TRAVEL CHANNEL

La antena quebrada con que sintonizamos las estrellas
es un brazo que rodea tu cadera.

Piernas pesadas y robustas que me dejan recostado en el
costado de tu tripa.

A veces lanzamos la ropa al suelo y encendemos
largos cigarrillos

abrimos un poco la ventana, donde infladas cortinas dan a luz
entre dos telas delgadas, así nos apropiamos del territorio
tras fumar lo que sería algo esencial de nuestros cuerpos.

Botones rosados que en mi lengua suelen dibujar la saliva
con que se inicia todo diálogo

una apertura deliciosa y cansina

un toque en el contrabajo de éstas nuestras cuerdas.

¿Cuánto hemos ganado con estas improvisaciones?

En el otro dormitorio mi mamá cambia de canal.

Ella supone que ese crujido de tablas se trata de nosotros.

No se nos ocurriría andar en pelotas por el departamento.

No se nos ocurriría ser tan felices.

ATÉ SUS TOBILLOS CON LARGAS CINTAS DE CASSETTE

Seca en el instante del golpe sus trozos rodaron por el concreto.
Un ojo suyo bajó las escaleras como una canica de porcelana.
Las cintas magnéticas se vencían al intentar juntar sus pedazos
todo parecía tambalearse
el ensamble y las piezas desafinadas
seguían siendo imposibles de calzar
(recuerdos fuera de foco).

La reconstrucción del texto del delito nos puede tomar toda la vida.

entonces saqué un rollo de 100 asas y lo puse en la máquina
del tiempo
el dedo índice de un primer plano del que podría ser su corazón
no como el que tallamos en una banca alguna vez
sino como los que observamos en las carnicerías
gelatinoso y ensangrentado.

y pensé que esto podría ser una sala de quirófano
un sitio de autopsias románticas o un mural de alguna
facultad de filosofía.

Finalmente, me puse a escribir con guantes de hule
los mismos que usa mi madre para lavar los platos
cada vez que la culpa termina encorvándome la espalda.

NUESTRO CUERPO SOBRE UN ESCENARIO VACÍO

Lugares comunes y sentimentalismo que hemos cultivado con religioso encanto, pájaros mal alimentados que se posan en nuestras cabezas y pían por un poco de seda. El espectáculo es en otra parte sombras que han quedado atrás del telón, camarines y pasillos donde surgen deliciosos diálogos que nadie escucha, ventanas que se rompen a vuelo de pedrada, insistentes puntos de fuga en medio del drama, cortinas de terciopelo apolilladas o párpados pesados. Se pueden contar una a una nuestras pérdidas, hacer por ejemplo estas horrendas versiones que leerás en noches de insomnio, o esperar los domingos armarte de paciencia y quemar tus pestañas.

FLASHBACK

Si me dijeras cómo se instala la cortina blanca de la mente
no se colarían constantes y sonantes estos restos
de saliva verde y dolorosa.

Adentro se está mejor, afuera se instala la niebla espesa
cae la muerte y el filo ácido de una voz.

Correr por la arena movediza
hasta al portal caluroso de la casa
caer de bruces en el anonimato
confundirse con los muebles
con la felpa clandestina del que quiere subvivir
a pesar del taconeo sordo de la muerte.

Es el mundo de los adultos y su venda empañada
el árbol que ha espantado sus hojas por el perverso viento.

La bicicleta ahora se llena de polvo en el último cuarto
de la casa
el mejor secreto es una vela encendida en medio de la noche.

Es ácido el sabor del miedo, me digo
fosas nasales que se abren, la piel erizada

es el viento perverso que arroja una y otra vez
este cuerpo de niño al acantilado, se afana con tapiarle
la mente, con escupirle en la cara.

Él tiene seis años, la bicicleta va muy rápido para su edad.

LA INCRUSTACIÓN PRECISA QUE ALGUNOS LLAMAN HERIDA

Hay que apagar el incendio, tomar todas las fotos del álbum familiar y ponerlas en el freezer. Hay que dejar que las sábanas blancas se sequen a la intemperie, que cicatricen la arruga enferma que portan los huesos. Si me dijeras cómo se instala la cortina blanca de la mente, bajaría los codos de la mesa y los enterraría en otra parte, sobre tu espalda por ejemplo, sobre la luz que se filtra por las pestañas de una adolescente, me gustaría hablar sobre eso ahora, pero la aguja lame y sopla este plato vacío que se llena de cosas sin resolver, una puerta de emergencia tapiada y una escalera que se disuelve en un vaso de agua.

COMO UNA AGUJERADA BOLSA PLÁSTICA

En algún sitio del cerebro hay almacenes que se descascaran

piscinas del idioma donde bañar nuestros cuerpos.

Bocanadas de aire en el sismo de la letra.

Como un dedo hundido en la carne roja de las cosas.

Las manos poco a poco en el extremo se encontraron.

El abismo húmedo del suicidio.

Estallidos provocados por la superación del aire sobre la superficie de la hoja.

Una bolsa que al final en algún punto revienta.

ESTUDIOS CONTRAPUNTISTICOS PARA AMBAS MANOS

Lo único que en la música persiste y prolifera
es el proceso mismo de composición.

Gerardo Gandini

Un pianista insomne busca restos de un accidente aéreo.
Son siempre pasos en la nieve:
impresiones o partituras en una superficie blanca y desierta.
Allí se encierra el estallido: trozos de maletas ardiendo,
astillas y turbinas.
Cosas que sobran después de la catástrofe.
El pianista insomne cierra los ojos
y busca con sus dedos el ángulo preciso del instante
la cuerda tensa del brillo.

EXCAVACIÓN PROFUNDA

Un equipo de excavación levanta su campamento en el patio
de mi casa.

Un arqueólogo socava el jardín marino de la historia: cerros,
precipicios y recintos militares.

Ambos buscan señales: huesos astillados, ropa vieja
piezas dentales o guñapos
que puedan concluir el puzzle y entre todos
llenar las letras que permitan restituir el paisaje.

Toda sociedad mal planteada sufre alergia al polvo
de las excavaciones.

El arqueólogo que socava el jardín marino de mi patio
se pasea pala al hombro y seca su manga con la frente
ensangrentada.

Un perro con la cola metida en el culo ladra
y le muestra los dientes
puedo observar cómo escurre la espuma por su boca:
sus pupilas brillan como las de un asesino.

UN ADOLESCENTE SE CORTA LAS VENAS CON UNA BOTELLA DE COCA-COLA

No desiste el crepúsculo en lo alto de los edificios
y en los umbrales sólo quedan despojos y cigarrillos aplastados.
Un adolescente se desangra y sus raíces se enroscan
hacia afuera hay un gesto atrapado en sus muñecas
una mordedura de muerte.

Hacia atrás nace la rosa –musita alguien
con sus dedos entre los labios.

Los derrumbes se suspenden en la velocidad profunda
de la ruta la misma región donde termina la casa
y comienzan las estrellas que sabemos de memoria
cuando un habitante escoge una respuesta anudada
a una piedra y salta con los brazos extendidos al vacío.

UN DIBUJO ACORRALADO POR LA SOMBRA

Lo real ha invadido lo real
como un libro que siempre se abre en el mismo poema
versos peatonales de doble vía, puntos de fuga
que se instalan sobre estas páginas corregidas desde
la generosidad.

Frutas o hierbas que recolectamos
para masticar de otro modo las pérdidas.

Lo real ha invadido lo real
el olor de la página en blanco y su doble textura
la oscuridad de la letra que tiñe el vacío más allá
o más acá de los bordes del oficio.

La lucha cuerpo a cuerpo en que interpretamos ciertos sonidos
huellas dactilares o partituras
un dibujo acorralado por una sombra
que se diluye en el punto final.

LAS CIUDADES SE ILUMINAN EN PROPORCIÓN INVERSA A LAS ESTRELLAS

Descendimos y los conejos se cruzaban
frente a los faroles, inesperados brincos
versos quebrados en la cúspide del frío pabellón de las orejas.

Pensaba en la oscuridad del cráter.

Nos detuvimos con el cuerpo colgando de la puerta
una mitad de nosotros se encendía como árbol de pascua
y la otra corregía una letra marcada por Marte.
Los animales estelares se encargaron de afinar mi cuerpo
hasta que dimos en el blanco ácido
un par de páginas abiertas y después
el latido.

Esa es la expansión de la pequeña muerte
anunciada, decías. El parpadeo incesante de dos válvulas
de sangre:

el contraste de la dualidad del ego borrado con el codo.

Bajamos a la ciudad con las estrellas tatuadas en los ojos
con la geografía del cielo alojado en tu abdomen.

Pensaba en la oscuridad del cráter

en la caída libre de todos los espermios desde el universo
como estrellas fugaces, decías

como conejos que se cruzan frente a los faroles de un auto.

ZEN PARA PEATONES

Cuanto más caballos agregues al yugo, más rápido irá todo; no para arrancar el bloque de sus cimientos, lo que es imposible, sino para borrar las huellas y con ello la felicidad y el vacío de la travesía.

OTRA PERSPECTIVA DE LA BIOLOGÍA

Estuve observando una flor por un lapso de tiempo. Nada parecía cambiar. Buda se sentaba días completos, dicen que alcanzó la iluminación viendo el excremento de una vaca durante una larga estadía en la inercia, *nada para delante nada para atrás*.

Inventamos la máquina para viajar al espacio que admitamos no es poca cosa, yo cuando pequeño también construí la mía, cuarenta inyecciones en el estómago, me había mordido la decadencia de un clavo, que por lo demás estaba estático hace años en una tabla que podía ser el universo.

Jesús, Buda, Bruce Lee, Lennon, todos maestros de algo (si somos justos con mi propia escala de valores, pero mi escala viajaba mucho en ese entonces al espacio vacío, que con mis asociaciones completaba). En algún convite debo haber extraviado las cartas de navegación, simples manuscritos arrugados por las aguas del inconsciente.

Después fui un paladar adolorido (catador de formas tristes) un muchacho que portaba una linterna en pleno día y vagaba por plazas y mercados.

Todas estas ideas se pasean por mi cabeza a esta hora, mientras la luz neón, la luz de los vagabundos, se atraganta por tus piernas. Mi conciencia relativa es de escasa información, no sé qué pasa en el fondo de las cosas.

Campos sensoriales totalmente medibles -me digo-
desde una órbita de cifras y propuestas exactas,
actos fallidos que otro (que puedo ser yo mismo)
con su lámpara al hombro ve, el conocido juego
de los espejos, uno frente al otro ad infinitum.

Y entonces contemplo con verdadero asombro
la humedad de tu espíritu

cuando tus piernas totalmente abiertas
me ofrecen otra perspectiva de la biología.

MITOSIS

Cierto salvajismo reposado en los órganos sexuales de los que se aman con el manual del Tantra, libros que nadie conoce, donde tribus Sufis hacen el amor tendidos en la hierba espectral a miles de años luz de la bomba atómica.

Miles de campos sensoriales repartidos en cifras exactas, movimientos que responden a cierto puntapié inicial en el centro de la cancha.

La realidad son dos siameses adheridos por la cabeza, dos hermanas iraníes por ejemplo. Dos puntos y un vértice, un ángulo que se agudiza con los años.

Todas estas ideas se pasean y tropiezan por mi cabeza a esta hora mientras la luz neón, la luz de los vagabundos se atraganta por tus piernas.

En un secundísimo plano alguien se inyecta a solas en su dormitorio frente al computador, cientos de bytes o espermios en torrente en busca de la penetración violenta de la célula infértil: citoplasma, tejidos y humedades que se acoplan como siameses dentro de un útero. Divisiones mal planteadas, claros problemas de una sociedad, en definitiva, polarizada por fuerzas químicas y eléctricas.

LE ABRIÓ LAS PIERNAS Y MIRÓ FIJAMENTE EN SU ALMA CON ASOMBRO

La luz neón se filtra por las cortinas, los pliegues y repliegues de tu alma, un terciopelo lila o ciertos puntos de fuga, piernas como tijeras entrecortando el aire o el papel de dos actores en medio de un escenario demasiado conocido, la conjugación de los egos en la deliciosa condena, el tránsito hacia una vía poco concurrida, pasos peatonales -te digo- escaleras que trepan el cuerpo, peldaños culposos que se desvanecen por gracia de no sé qué lectura budista.

A media máquina

a medio morir saltando

a medida del cuerpo giramos en la lavadora automática de la conciencia, ropas deshilachadas y alertas ambientales en el engranaje del corazón *-Nadie puede ser yo, pero yo puedo ser todos-*

Un pedazo de cristal al sol

un guiño de la muerte

cierto salvajismo reposado en los órganos sexuales de los que se aman, con el manual del Tantra, libros que nadie conoce, donde tribus Sufis hacen el amor tendidos en la hierba espectral a miles de años luz de la bomba atómica. Pero si quieres podemos intentarlo:

la hierba verde y aireada son estas sábanas que huelen a tabaco.

El archipiélago de nubes en el cielo son estos posters
de Lennon y Yoko Ono.

Y el mantra, una palabrita que robaremos
de las etiquetas de nuestras ropas.

Entonces, respiremos hondo y pronunciemos
el idioma estelar de las ampolletas:

OM AH HUM VAJRA GURU PADMA SIDDHI
HUM u OM MANI PADME HUM.

:SE PROHIBE EL ACCESO

Toda esta literatura para transeúntes (PELIGRO NO BAÑARSE) trata de ti: Caligrafía en imprenta o diamantes en bruto que tallan las vidrieras de estos almacenes. Productos que mal exhibidos dan claros problemas de vencimiento:

El tiempo que demoro en contar estos pesos partidos por el rayo es = al tiempo que demora el rayo en partir estos pesos que cuento.

La operación matemática con que añades y quitas

o la indiferencia con que observas el abrir y cerrar de la caja registradora del corazón. Momento en que suena el timbre (\$) que ya has incorporado en tu álbum de pérdidas generalizadas, y despreocupada escuchas estas razones que son las mismas de siempre: ganas inusitadas de violar los recintos privados de tu cuerpo;

a fuerza de limar los barrotes de la conciencia
a fuerza de obviar los bordes

que se deshacen como pastillas efervescentes en un vaso de agua. (El devalúo de la propiedad privada, el alza de intereses de una pareja estable).

- La costura en que caminamos por el poema, muchas veces calles sin salida o en excavaciones profundas y peligrosas.
- La costumbre de cumplir con el horario y exceder la tarifa para este tipo de oficios poco rentables.
- En fin. El comercio con que se ama lo hace a uno perder las ganas lo hace a uno caminar por los barrios antiguos de Santiago y estar debajo de la cornisa que se desmorona, único dígito, tecla, tic de todo acto sensible; capaz de algo espantosamente útil -dijiste despidiéndote de beso-

:agárrate la cabeza en el estallido de aves: **o alcanza con cierto estilo la pluma ingrávida en el aire**
y escribe por ejemplo:

Que tú nunca fuiste una alumna brillante, en esto de dar y recibir. Yo poco aprendí de esas clases en el colegio (: recinto de curas que ya nadie de nuestra promoción visita y en que recuerdo nos hacían formar en filas todas las mañanas de invierno en el patio y rezar el Padre Nuestro, tal vez sea esa la razón de tanto compañero ateo con que te topas en las botillerías, sitio donde siempre hay que pagar por los envases).

Por eso ser el peatón autorizado que ahuyenta los lobos en el gran bosque de la noche, es una cosa que no dice relación con el abismo de la letra.

Sitios eriazos que despiertan en mí las más extrañas tonterías: intensos golpeteos en la roca húmeda del pecho, de espalda y extendido, con los ojos fijos en un punto de fuga. Aire escrito a pulso, pantallazos de lucidez. Luz que termina en un soplido.

LOS MONJES DE UNA CIUDAD

Perros callejeros lamen nuestros tobillos y caminan junto a nosotros.

En una esquina del mueble ciudadano nos detenemos casi una semana y sabemos cómo se llaman las cosas, cómo los automóviles cambian de color con el crepúsculo, cómo huelen las ropas húmedas de los monjes.

Somos diminutos para el helicóptero policial, versos sueltos y mal hilvanados, la portada de alguna revista under expuesta con solemnidad y alevosía en las vitrinas menos visitadas por la intemperie.

Somos la vajilla sucia y quebrada, el murmullo de los basurales a altas horas de la noche, en estas esquinas más bien desiertas. Las avenidas del mundo desembocan en la boca del lobo al costado hay caperucitas y cenicientas mutiladas, drogadictas, hermosas.

A CONTRAMANO

Prostitutas y travestis despliegan sus estrellas
sobre las calles de Manhattan
y el sol irremediabilmente rueda por las montañas de Santiago.

En un primer plano un sujeto ahoga su cigarro
en las escuálidas cenizas de otra mente.
A contraluz, alguien desata la tinta
y garrapatea en ralenti
un manuscrito que se llama Zen para Peatones.

LABIO LEPORINO

Dentro de poco alguien golpeará tu puerta y tendrás que abrir la ventana y será ese el instante de tu último brinco, posiblemente se trate de que te zurzan los párpados a mordiscos, posiblemente sea la noche que ha incrustado su diente en el labio leporino de la tarde. Huir hacia atrás puede ser terrible, porque de un solo soplido las velas se apagan, se diluyen en el aire como el sonido, la cuerda crispada que deja su transparencia en el pequeño estallido del sol.

Alfileres rutilan como filos de navaja, la corona de espinas, las siete estaciones de metro, los siete rayos, los siete pecados capitales incrustados en la tierra seca de la tarde o debería decir, en la tierra seca de la piel. Y la más linda cajera de supermercado escuchará el silbido de los siete vientos que inflará su delantal y yo puede que no alcance a observar el suspiro de Dios, puede que nunca llegue a conocer esos muslos pardos y fibrosos, puede ser que me haya perdido en los peldaños de la escalera mecánica, y que la maleta en llamas arda por todo el sector, por toda la comuna, y mi mano se confunda con la brasas del crepúsculo atrapado en las ventanas de los edificios.

Pero la noche deja caer su párpado, desfigura la sonrisa de los niños, introduce su dedo fantasma por las espaldas, revienta sillas de madera sobre la tarde, atesta las bancas de las poblaciones con su bosque de misterio, colillas de cigarros encendidas que se distinguen en la neblina pobre de estos vecindarios. Y los vagabundos estrellan sus nudillos ebrios sobre la gran mesa coja. La noche empaña el espejo brillo de los ojos ingenuos, la noche silencia grita el motor de los autos y baja su ventanilla quebrada. Entonces la modorra de los animales nocturnos circula caliente fría por las avenidas. La modorra de los animales nocturnos introduce su cabeza azabache hasta enterrar sus púas desobedientes. Es el lenguaje del manoseado crepúsculo, la letra descascarada en que escriben sus nombres los monjes en la mesa coja de los bares. Un abecedario del que sólo quedan astillas embotelladas en la luz sombreada de la tarde, puro hueco vaciado de sentido, pienso, la fuerza de la costumbre acorralada por el contorno sinuoso del silencio leporino.

ACROSS THE UNIVERSE

Cuatro monjes cruzan por el paso de cebra de una calle,
cuatro vértices
cuatro direcciones atravesando el color de la respiración
y el bolsillo estrecho muerde la mano del perro que le ladra
a los desconocidos.

Dentro de poco de muy poco alguien les golpeará la cara
y les abrirá el cuerpo y será ese el instante de su último suspiro.

Se trata de sus córneas órganos e hígado.

Al final siempre es el cuerpo, les digo.

Sin embargo ellos se limitan a observar

cómo cambia de color el crepúsculo en los parabrisas
de los autos.

Sinécdote de una respiración que termina en un solo soplido.

YA NO HAY CARICIAS EN ESTE ACCIDENTE GEOLÓGICO

Las caricias en el accidente geológico del cuerpo son perfumes caprichosos que pierden consistencia en el sopor del Karma y el arco maxilar de estas palabras poco atentas son colores mal ajustados que escasamente engendrarán un hijo pródigo que sepa caminar desnudo por los litorales del mundo. Así es como se fractura el ocio, así también fue que mi cuerpo perdió prestigio en el ruedo de estas postales, que ya quebradizas forman parte del papeleo que en cajas de zapatos ordeno según el alfabeto de las pérdidas.

La tarde de noviembre en que rodé por la Avenida Einstein a más de 100 km/hora contra el viento en la esquina superior de la membrana, rotura o pérdida de sentido, aborto del proyecto de convertirme en el motociclista más guapo del barrio Recoleta. Todas las cosas pueden ocurrir en una tarde, pensaba -ya con el yeso hasta el cuello.

La felicidad tiene mala letra, es algo así como un currículum escrito con las manos sucias de la historia de Chile.

La mugre en el ojo, la falta de perspectiva, el derrame y la moradura pueden ser llamadas clavícula quebrada: pérdida de confianza, asimetría, condena o primera advertencia de desalojo, perfumes caprichosos que pierden consistencia en el sopor del Karma digo, bienes raíces mal administrados, gastos comunes y arriendos. Deudas, en definitiva, que terminan por ser pagadas en alguna zona del cuerpo.

ZONA DE DERRUMBES

Como si cayéramos desde abajo y fuéramos estómagos intervenidos por el aire y la erupción. Como si esas miradas mientras alguien se echa algo a la boca, determinaran un placer de dioses o fariseos engordando a la sombra del gran árbol; frutos sospechosos, que son tema de conversación, también sospechosa. Y tú haces pelotitas con migas de pan, un sistema solar sobre el mantel de plástico.

Mover los pies debajo de la mesa.

Aguantar la respiración lo suficiente.

Oír la oquedad del insomnio.

Padecer con cada cucharada.

Olerlo todo frente a los labios.

Es así como se pierden las apuestas, la zona de derrumbes dentro de uno, los episodios desafortunados que manchan nuestras ropas. Las zonas de curvas peligrosas o los derrumbes, la gravitación comprometida con el cuerpo, el viraje inapropiado cuando los chicos gritan: whola lotta love y ese uñetazo de guitarra es interminable cuando el autor gira por su cuenta.

Como si parpadear en las piscinas fiscales con ese cloro espantoso que arde, fuese un telón de cine, donde

muchachas en bikini hacen olas con sus brazos. Ése es el mundial de México 86 –dice alguien. Nadie duda que la orina es insoportable en las piscinas públicas y en la mesa suceden los desnudos (póquer), como si eso fuese lo mismo que bucear debajo de tu vestido: la mesa es una pista de aterrizaje, un lugar próspero para hacer el amor y si caen tus cabellos sobre todo eso, sabremos que los sabores se mezclan.

Inclinar el cuerpo demasiado impide ver las líneas blancas del camino, un asunto de direcciones y orientaciones, una brújula oxidada, el revés de las vías respiratorias, la calzada riesgosa de los astros. Pero todos portamos un espejo retrovisor, la adicción a ver qué queda en la ruta. Sin embargo los retrovisores pocas veces saben lo que dicen, los objetos siempre aparentan una grandeza, los recuerdos astillados también.

Y me sorprendo en este lenguaje atestado de baches, el tubo de escape de una carretera que se junta con el cielo. Al costado caen peñascos y costras que ignoro, una nube azul que mancha de tinta los pinceles húmedos que unto en la espuma muda de los labios.

Es la zona de derrumbes que suelta sus manos para caer estrepitosa y terrible sobre la memoria. Ceniza sobre ceniza que se esparce de un solo soplido.

POSTFACIO

SANTIAGO DE CHILE, 2004

Cristián Gómez O.

Me toca escribir el postfacio del segundo libro publicado de David Bustos. *Zen para Peatones*, una especie de larga introspección en la conciencia relativa del hablante de estos poemas –a ratos nostálgico, a ratos lúcido, otras veces dueño de una extraña lucidez que no proviene de ningún conocimiento sistemático ni sistematizado-, nos introduce en un paisaje lleno de arterias ciudadanas, personajes y epifanías. Pero no se me entienda mal: no se trata de epifanías en las que el hablante o los objetos por él designados (algo hay en estos poemas de adánico), acceden a un conocimiento oculto e inexplorado para el común de los mortales. Por el contrario: aquí las iluminaciones son profanas y los iluminados un voyeur de clase media, esos monjes a punto de morir o los amantes que encerrados en la pieza de una habitación logran “trascender” las paredes de esa habitación.

Tal como en los mejores libros que se han venido publicando en la República de las Letras chilenas¹, parece que en el libro de Bustos se condensan una amalgama de experiencias que tienen, sin embargo, como marco común la vivencia de un Chile post-dictadura. Y en cuanto escribo y uso el término “post-dictadura” me peccato

¹ Pienso en un listado a la rápida e inmediatamente tengo en la boca los nombres de *Sílabas* de Damaris Calderón, *Santiago Waria* de Elvira Hernández, *Sombras en el Rosselot* de Rosabetty Muñoz, *No tocar* de Víctor Hugo Díaz, *Nada* de Malú Urriola, *Libro de guardia* de Bruno Vidal, *Cumbia* de Yuri Pérez, *Melancolía artificial*, de Roberto Merino, *Húsar* de Guillermo Valenzuela, *Exquisite* y *Adornos en el espacio vacío* de Gustavo Barrera C., *Fervor del regreso* de Cristian Cruz, *Ocasión de la ceniza* de Marcelo Pellegrini, *Thera* de Kurt Folch, *Palabras hexagonales* de Vero Jiménez, *La enfermedad del dolor* de Alejandra González C., *Fábulas del aire de otros reynos* de Ismael Gavilán, *Groggy* de Héctor Figueroa, *Calas* y *Clavados* de Germán Carrasco, *Los Pobladores del Entresueño* de Javier Bello, todo Andrés Anwandter, *Orillas de tránsito* de Antonia Torres, *Hippodrome circo* de Jaime Bristilo y *Analfabeta* de Antonio Silva. A lo que hay que agregar la continúa producción de los autores que caen bajo el rótulo de “consagrados”: Harris, Millán, Brito, Hahn, Zurita, Barquero.

de su insuficiencia: porque parece cierto que la matriz de los sentidos, por lo menos en el imaginario chileno del último lustro, tiende paulatinamente a desentenderse de los eventos de la historia reciente para darle paso a una ¿experiencia? cuyo soporte (o falta de él) es el vivir en una sociedad neoliberal como la de nuestro país en las últimas dos décadas. En otro contexto, pero que aun así nos parece atinente para el de este libro, Francine Masiello² se preguntaba cuáles son, a comienzos del nuevo siglo, las armas de la poesía, cuáles son sus tretas y, más importante aún: ¿Qué forma puede tomar el lenguaje al comienzo del nuevo milenio? ¿Cuál puede ser la resonancia de la poesía, en calidad de género marginado por la crítica y por la compra y venta del mercado? A partir de este manual para transeúntes que ha escrito David Bustos, la respuesta a las anteriores interrogantes puede arrojarnos alguna luz sobre la naturaleza misma de este libro. Y es que es precisamente el lenguaje el foco de atención inicial de Bustos, la necesidad (y la incierta posibilidad) de moldearlo a su amaño para alcanzar el poema. *Si la lengua es bella es porque un maestro la lava*, traza, desde un principio, las preocupaciones generales del conjunto. Aquí se nos avisa de la equivalencia del mundo del poema y del mundo de los amantes, de la sacralidad del trabajo del poema semejante al sacramento del amor. Sin embargo, no se trata de una sacralidad exenta de esfuerzo ni ajena a la misma humedad que define el intercambio de la pareja: ¿el maestro? que clavetea en la última estrofa del poema nos recuerda que esa misma lengua utilizada para lavar al otro, necesita también de reparaciones. A saber: entrar en puntas de pie al poema (como quien entra en un monasterio), encender la luz y hablar en voz baja para poner los remaches y los clavos donde corresponda. La iluminación y/o el orgasmo del lector y/o del o los amantes provendría, entonces, del trabajo mutuo. Y no olvidemos que en el español de Chile la palabra “maestro” no sólo remite a quien conoce a cabalidad alguna materia, sino también a esos imprescindibles

² Masiello, Francine. “Del museo a la calle: poesía para el nuevo milenio” (pp. 343 y ss.), en *El arte de la transición*. Norma, col. Vitral. Buenos Aires, 2001.

maestros chasquilla con los que todos, de una u otra manera, alguna vez hemos tenido que lidiar.

Masiello asevera en su ensayo que la poesía de la década de los noventa “se rebeló contra el idioma pragmático y también contra los confesionalismos y las leyendas heroicas. Los poetas de los años ochenta y noventa investigan los desafíos en la superficie y las profundidades, las máscaras y la identidad, el artificio y el orden. De ese modo, se alejan de las presunciones más estereotipadas sobre los usos funcionales del discurso”³. Si esto es verdad y en términos generales podríamos concordar con ello, en el caso de Bustos esas máscaras e identidades, esas superficies que son lo más hondo que se puede ir en el espectáculo virtual de la ciudad postmoderna y/o del espejismo de los deseos, ven morigerado el efecto de sus engaños por el afán desapegado contemplativo de este transeúnte en perpetuo movimiento. ***Zen para Peatones***, contiene en sí, entonces, una paradoja desde su propio título, i.e., un oxímoron que en su irresolución se presenta como una profunda veta de la cual extraer (no por nada la primera parte del libro se titula “Excavación Profunda”) una variada gama de materiales. El nomadismo urbano de este hablante que va desde el recuerdo de sus días de infancia o adolescencia hasta esa verdad que se encuentra entre las piernas abiertas de la joven tendida sobre la cama (*Otra perspectiva de la biología*), se encuentra en abierta oposición con el tono contemplativo del Zen y su aspiración de alcanzar la comprensión total, la iluminación: el satori. Por suerte Bustos es capaz de vertebrar ambos polos en una solución de continuidad donde el yo particular y ansioso del caminante ciudadano se pierde, se deja perder, feliz y fervorosamente entre esas calles que son a su conciencia lo que el París decimonónico fue, en su momento, para el flâneur baudelairiano.

Así, por ejemplo, ocurre con *Los monjes de una ciudad* o en el nostálgico -¿pero nostálgico de qué?- *Estado de cuenta*. El yo se diluye, el que recuerda se mezcla y se hace uno (todo o nada, el vacío y la

³ Masiello, Francine. Op. cit.

completitud) con lo mezclado: entonces el garabateo de las palabras (el hablante insiste en llamarlo “la hierba del artificio:/La superstición de la coherencia y su mala caligrafía”) pasa a ser una suerte de ejercicio espiritual para alcanzar un estado de verdad. Esos monjes urbanos son capaces de detenerse (y contemplar durante) toda una semana hasta conocer el nombre de las cosas, cómo cambian de color los autos a la sombra del crepúsculo: lo verdadero, en consecuencia, resulta del contraste entre el negro de la tinta y el blanco—el vacío-impoluto de la página y sus consecuentes analogías: la nieve sobre la cual se dibujan las teclas blancas y las teclas negras de algún piano, la cocaína sobre el telón de fondo de la conciencia.

El budismo zen socava nuestra percepción de la experiencia al afirmar que los individuos, vistos por separado, no son más que una ilusión y que, en realidad, forman parte de un conjunto más vasto. Creo que lo que Bustos pretende es, a través de una metonimia sutil pero eficiente, llamarnos la atención sobre nuestra muy actual y contingente percepción de lo real en el Chile de hoy, en medio de la coyuntura cotidiana y poluida de un Santiago que es, del mismo modo, metáfora de otras ciudades. Cierta teoría crítica se refocila, hoy por hoy, con la proclama de la imposibilidad de acceder a lo real. La massmediatización de lo que entendíamos por tal concepto y la subsecuente transparencia de sus signos lo harían, grosso modo, invisible. Bustos, sin embargo, o el hablante de *Zen para Peatones*, sin embargo, parece persistir porfiadamente en asumir como punto de referencia su experiencia—real o ficticia, presente o pasada—como trazo final de lo que puede validar lo que el hablante (y el lector) entiendan por verdadero. Cuando escribo estas palabras el libro de Bustos físicamente aún no existe. Sin embargo el lector de ellas ya lo tiene entre sus manos. De ese lapso de tiempo consiste, quizás, este volumen. *Lo real ha invadido lo real*, dice por ahí alguno de estos poemas⁴. Las palabras en la pantalla han devenido tinta,

⁴ Verso que parece haber sido escrito en consonancia con estas palabras de Baudrillard (*The vital illusion*, Columbia University Press, the Wellek Library Lectures. New Cork, 2000): “(...) if the Real is disappearing, it is not because of a lack of it-on the contrary, there is too much of it. It is the excess of reality that puts an end to reality, just as the excess of information puts an end to information”.

papel, una realidad palpable. Son incapaces, aun así, de recuperar por completo lo que ellas evocan, esa infancia perdida, esa adolescencia tal vez desperdiciada. La resignación monacal y citadina del transeúnte, entonces, se convierte no sólo en el temple y el tono del conjunto: se convierte asimismo en norma vital, en la única ética, de ser posible, que pregona este libro.

ÍNDICE

EXCAVACIÓN PROFUNDA

SI LA LENGUA ES BELLA ES PORQUE UN MAESTRO LA LAVA.....	11
UNO SE HACE INMUNE A LOS LADRILLOS DE LOS SENTIMIENTOS.....	13
ESTADO DE CUENTA.....	15
TRAVEL CHANNEL.....	17
ATÉ SUS TOBILLOS CON LARGAS CINTAS DE CASSETTE.....	19
NUESTRO CUERPO SOBRE UN ESCENARIO VACÍO.....	21
FLASHBACK.....	23
LA INCRUSTACIÓN PRECISA QUE ALGUNOS LLAMAN HERIDA.....	25
COMO UNA AGUJERADA BOLSA PLÁSTICA.....	27
ESTUDIOS CONTRAPUNTÍSTICOS PARA AMBAS MANOS.....	29
EXCAVACIÓN PROFUNDA.....	31
UN ADOLESCENTE SE CORTA LAS VENAS CON UNA BOTELLA DE COCA-COLA.....	33
UN DIBUJO ACORRALADO POR LA SOMBRA.....	35
LAS CIUDADES SE ILUMINAN EN PROPORCIÓN INVERSA A LAS ESTRELLAS.....	37

ZEN PARA PEATONES

OTRA PERSPECTIVA DE LA BIOLOGÍA.....	43
MITOSIS.....	45
LE ABRIÓ LAS PIERNAS Y MIRÓ FIJAMENTE EN SU ALMA CON ASOMBRO.....	47
:SE PROHIBE EL ACCESO.....	49
LOS MONJES DE UNA CIUDAD.....	51

A CONTRAMANO..... 53
LABIO LEPORINO..... 55
ACROSS THE UNIVERSE..... 57
YA NO HAY CARCIAS
EN ESTE ACCIDENTE GEOLÓGICO..... 59
ZONA DE DERRUMBES..... 61
POSTFACIO, por Cristián Gómez O. 65

Participaron en el Comité Editorial:

Matías Cociña
Federico Eisner
Enrique Winter